

Que decir sea suficiente

Perder la locura

LAURA LATIFF

Valparaíso, Granada (España), 2022,
72 pp.

AL PARECER, para hacer poemas se puede apostar apenas y en especial por tan solo *decir*, antes que por contar, concluir o construir imágenes y paradojas. O al menos eso es lo que parece proponernos el primer poemario de la escritora bogotana, cantante y compositora Laura Latiff. Compuesto por 27 poemas en verso libre sin rima, el poemario es una incursión en universos habituales de la poesía pero desde un par de rasgos y apuestas interesantes que lo atraviesan integralmente; que sorprenden por su singularidad cuando se contrastan con recursos y formas más frecuentes en la poesía contemporánea y con las propias composiciones musicales de Latiff como cantante.

La obra resulta extremadamente cerebral, mental, *lingüística*, en tanto las pocas puntadas que nos ofrece en el campo metafórico no alcanzan a aterrizar los versos en una geografía distinta a la de la mente. Navegamos entre ideas, mientras recorremos estas páginas donde el mundo escasamente se intuye detrás de las reflexiones, las frases dirigidas y las sentencias. Sin embargo, en “No voy a perder la cabeza” la autora nos dice:

No tengo la verdad en mi mente
y no dejo de imaginarme cosas.
(p. 29)

Dentro de esta paradoja cabe la tensión en la que Latiff construye un universo. En ese espacio donde, sin puntos cardinales ni algo tan lapidario como la verdad, emerge constantemente la imaginación en series de pensamientos. Esto resulta importante, pues a medida que se atraviesan las páginas el libro se presenta como una declaración de intenciones en poemas que semejan notas personales sobre temas diversos (y clásicos de la poesía) como el amor, la vida, el ambiente que ofrece un mes como mayo o la propia experiencia.

En pocas palabras, por su registro marcadamente mental, el libro propone

un tono confesional, pero desprovisto de las anécdotas, imágenes o referencias que alcanzan a armar una vida o una biografía, a tal punto que incluso en los poemas están completamente desdibujados las situaciones y el mundo donde alguna vez se originaron. Como la autora misma lo indica, en “Espero no perderme”:

Quiero originarme en las palabras
como si fuera una salida fácil,
el bienestar peor escondido entre
las cosas. (p. 53)

Ahora bien, sería un error suponer que estos poemas buscan o se acercan, por algún camino, al estilo aforístico o el ensayo, al insistir en el decir y no en el mostrar. Es otro de los rasgos de la voz que se perfilan transversalmente en estas páginas: aquí la sentencia es una búsqueda, un proceso de aceptación de las ideas parciales, quebradizas y pasajeras que parecen sugerirse mientras avanzamos. Y en algunos de los mejores poemas del libro se insiste una y otra vez en una misma idea: la mirada inocente y despejada, de quien no sabe, como lugar de creación. Esta reflexión de arte poética se abre paso y se aclara por tramos; de hecho, aparece de un modo bastante literal en un poema que alude en el título al tema de la poética y al gran Rubén Darío, así como en su resolución recuerda uno de los poemas más bellos de Carl Sandburg:

Persigo la imagen porque quiero
dibujar su sombra.

Me enfrento a una constante
ceremonia para iniciados
con un poder que me otorga el no
saber. (“Persigo la imagen”, p. 27)

En el poema de Sandburg, la poesía es el intento de hacer que la sombra baile, y en el de Latiff, la búsqueda de un calco imposible pero no inviable. A lo largo de los 27 poemas que conforman el libro, el lector puede percibir que asentar una poética en el no saber es insistir en el propio asombro. Una y otra vez vemos los pensamientos aclararse a sí mismos y de vez en cuando coincidir con algunos objetos o imágenes (por lo general del ámbito cotidiano), como ocurre en “Tiempo del mundo”:

[...] el aleteo de la mariposa es
suficiente para romper fronteras,
vivir el lunes en todos los países
y conciliar con el tiempo del
mundo. (p. 11)

Los poemas de Laura Latiff tienen un aspecto más que resulta característico de su apuesta. Muchos están dirigidos o aluden a personas que jamás adquieren nombre o rostro. Desde un poema de amor como “Peregrinos” hasta otros más polifacéticos como “Inexperta”, vemos aparecer la segunda persona del singular, especialmente, esa misma que recuerda el tono íntimo de tantísima poesía desde sus primeras glorias líricas en las páginas de Safo. Sin embargo, jamás llegamos a conocer la identidad de las personas, los rasgos y particularidades que aterrizan en determinada proximidad (o no), los recuerdos y eventos que componen un pasado. Latiff no nos deja referencias, pero sí momentos de ocurrencia: “Si supieras que hay más bacterias en el cepillo de dientes que en la taza del baño” (“Inexperta”, p. 55).

Curiosamente, borrar lo específico se convierte en un motor, un verdadero combustible para la lectura que continúa a través de las estrofas buscando intuir esas personas o relaciones (no necesariamente afectivas, valga la aclaración) que se perfilan detrás de las reflexiones. Varios poemas parecen hablarnos a nosotros; otros, un desdoblamiento de la autora, y finalmente otros más insisten en hablar a fantasmas ausentes. De cada lectura solo nos queda el sonido de nuestra propia voz contenida en la íntima caja de espejos que resulta ser *Perder la locura*.

Resulta llamativo, cuando menos, descubrir un poemario cuya apuesta desdibuja enteramente la especificidad de una experiencia y la inmanencia o materialidad de un horizonte metafórico claro; que al mismo tiempo se plantea ensayístico y distante del lugar donde suelen confluír el ensayo y la poesía, el aforismo. Llamativo por cuanto puede sorprender que decir sea suficiente para armar poemas; que la intención de comunicar o pensar, despejada de cualquier alusión a una individualidad particular, sea material para armar un poemario.

Habrà quien encuentre potencia allí o a quien esta idea no le diga nada. Pero más allá de lo que le pueda decir a cada lector me parece que, dentro del paisaje editorial dedicado a la poesía en nuestro país, Latiff hace un debut honesto e interesante, especialmente

por volcarse de un modo tan solipsista
a desdibujar su propia vida y el mundo
de su voz.

Jorge Francisco Mestre